

MIS CANCIONES

Dolorido, combatido;
conmovido
sin cesar por las pasiones;
mal herido
por engaños y traiciones,
mi corazón ha seguido
siendo un nido — de canciones.

De tanta y tanta canción,
fueron muchas al olvido;
por volar con presunción;
por haber desconocido
su mísera condición;
por dejarme desvalido...

Las mejores no han querido
salir de mi corazón.
¡No quieren dejar su nido!

MEDITACIÓN

En la paz de mi huerto, venturoso descanso,
como el agua del río que se acoge al remanso;

en la paz de mi huerto, y en la noche estrellada,
de ligeros murmullos, lisonjeros, poblada;

con un aire muy tibio, de un aroma muy vago,
que las frentes orëa con ternura de halago.

¡Cómo endulzas la vida, sensación deliciosa,
complacencia del cuerpo, en que el alma reposa,

con la noche serena, por la paz del ambiente,
como en hondo remanso la cansada corrientel

Los contornos, apenas, la mirada vislumbra
de los anchos frutales, en la densa penumbra.

Vibra apenas la tenue vibración del sonido,
por el aire callado, y en el huerto dormido,

mientras vaga mi inquieta, soñadora mirada,
por el ámbito inmenso de la noche estrellada.

¡Oh, del huerto dormido la inefable delicia!
¡Oh, la paz de los cielos! ¡Oh, la leve caricia

de las ondas del aire que en la sombra se encalma!
¡Oh, supremo reposo! ¡complacencia del alma!

De la tierra me esquivo; con un vuelo muy blando,
al través de los mundos pasa el alma volando.

Voy de soles en soles, con la absorta mirada,
por el ámbito inmenso de la noche estrellada.

Desde el suelo y el aire de la tierra dormida,
me remonto á los cielos, donde late la Vida,

bajo el soplo divino que los orbes gobierna,
multiforme y grandiosa, misteriosa y eterna;

ya en trastornos de muerte, ya de amor palpitante;
en desgaste perpetuo, y en creación incesante...

Poco importa del mundo que la Muerte se lleva;
no descansa la Vida; la Creación se renueva.

Entre sombras, un mundo que brilló se deshace,
á la luz temblorosa de otro mundo que nace.

No los hombres se duelan — ¿dónde el ánimo fuerte? —
de que acaben sus días, de que triunfe la Muerte.

Es la Muerte, tan sólo, una fase, una forma,
de la Vida perenne que sus fases transforma;

que lo mismo se vale de la escoria menguada
para dar sus alientos á la flor perfumada,

que de célicos ámbitos, como inmensos crisoles,
en que mueran deshechos y renazcan los soles.

Es el hombre, á lo sumo, una sílaba..., un verso...,
en el magno poema del grandioso Universo,

sin cesar renovado, bajo soles que abrazan,
con las vidas que mueren..., con los versos que pasan...

Es bien grato el destino, bajo el cielo clemente,
de las aguas que lleva la revuelta corriente;

mas también es muy dulce que las ondas se amansen,
y en un hondo refugio para siempre descansen.

Tras los vivos dolores, de terrible violencia,
tras los tercos afanes de la humana existencia,

es bien grato el destino que concede, piadoso,
en remanso de sombras un eterno reposo.

Entre tanto, no cambia de los orbes la suerte.
Porque un hombre se extinga, no ha triunfado la Muerte.

Sin cesar renovada, por la fuerza impelida
del Amor, que no muere, sigue y sigue la Vida,

con su ritmo constante, si en sus formas diverso...
¡Muere el hombre, y el mundo, pero no el Universo!

Lo imperfecto perece, lo mudable termina;
no la esencia inmutable de la causa divina,

que repite, sin tregua, sus prodigios fecundos
en las trémulas almas y en los trémulos mundos.

Con tan nobles ideas, quede el alma adormida,
en la paz de este huerto que al reposo convida;

que á la Muerte y la Vida va rindiendo tributos,
deshojando sus flores, madurando sus frutos;

en la paz misteriosa de la tierra callada,
en la calma infinita de la noche estrellada;

sin zozobras ni angustias, en un quieto descanso;
reposadas las penas... en un hondo remanso...

NOCTURNO

La luna risueña brilla,
sin sombra de nube alguna.
Cercedilla
duerme á la luz de la luna.

Resplandecen, plateados,
los tejados
de los *hoteles* dormidos;
brillan las trémulas frondas
de sus jardines, sumidos
en la calma de los sueños;
brillan las trémulas ondas
de los estanques risueños.

Todo es calma, por la sierra
y en mi angustia... Todo es calma
en el cielo, y en la tierra,
y en el alma...

¡Qué reposo
tan solemne, tan profundo!
¡Qué silencio tan hermoso!
Brilla el cielo... Duerme el mundo...

Gente del campo, sencilla,
toca, lejos, una grata
serenata.

Cercedilla
no del cielo se recata.
Brilla, y brilla,
bajo una lluvia de plata
que alegre, que maravilla,
que da ensueños de fortuna...

Cercedilla
duerme á la luz de la luna...

ROMANCE DEL TIEMPO VIEJO

«Mayoral, refrena el tiro
que á escape corriendo va.
Tiempo tienes, que te sobra.
Tiempo tienes de llegar.
Los caballos delanteros
no azuces tanto, zagal;
que ya vuelan más que corren
con tan suelto galopar.
En vuestra «góndola» parte,
—¡sabe Dios si volverá!—
la mujer en quien cifraba
toda mi felicidad.
Ya que sois ejecutores
de mi destino fatal,
¡no apresuréis el tormento!
¡mi voz os mueva á piedad!
¡Matadme sin tanta prisa,
pues me tenéis que matar!

»¡Inútiles son mis ruegos!
 ¡Nadie los escucha ya!
 ¡No es posible! Los caballos
 cada vez galopan más,
 como si los azuzara
 la fuerza de un vendaval.

.

»Anochece en las montañas,
 anochece en el pinar,
 por donde mi amor se aleja,
 ¡para no volver quizás!
 Ha anohecido en mi alma,
 y entra la noche glacial;
 noche sin aurora, noche
 de tremenda obscuridad.
 Lágrimas vierto, copiosas,
 sin vergüenza de llorar;
 que es mucho lo que en mí muere,
 lo que en mí matando están,
 este dolor que me queda
 y esa mujer que se va.

»¡Inútiles son mis ruegos!
 ¡Nadie los ha de escuchar!
 ¡Perdí su amor! ¡Para siempre
 perdí mi felicidad!

¡Última ilusión hermosa,
 y último ensueño fugaz,
 sois flores! ¡Vientos de olvido
 muy pronto os marchitarán!

»Último amor de mi vida
 malograda, ¡duerme en paz!»

—

En un desván *de una casa
 refugiada en el pinar,*
 que tiene de trastos viejos
 abastecido el desván,
 y olvidado entre las páginas
 de un libro de Jorge Sand,
 —de una edición primitiva
 primorosa y especial,—
 trazado en un plieguecillo
 de papel, á mal trazar,
 anoche encontré el romance
 que dejo copiado ya.
 La noche paséme en vilo,
 con un fatigoso afán,
 pensando en la vieja historia,
 y en el martirio de amar,
 y en el dolor que se queda,
 y en la mujer que se va...

Llegó al cabo la mañana
mi inquietud á serenar,
y vi satisfecha al cabo
mi inquieta curiosidad.
Pronto me acudió la suerte,
propicio me fué el azar.
Cierto guarda de la finca,
sabio por su mucha edad,
dióme pronto de la historia
razón curiosa y cabal.
Cuanto el romance refiere,
cuanto dice, fué verdad.
Ya no existen, años hace,
ni la dama, ni el galán.
Tampoco viven, ha tiempo,
ni el mayoral, ni el zagal;
la «góndola» se deshizo
de tanto y tanto rodar.

Quedan sólo, de la historia
recogida en el desván,
el ambiente y el paisaje,
las montañas, el pinar...
y el tiempo, que es, en el fondo,
siempre el mismo, siempre igual.
Aun así, la triste historia
conserva su actualidad.

Para el dolor que se queda,
para el amor que se va,
para los grandes martirios
del sufrir y del amar,
es lo mismo el tiempo nuevo
que el tiempo de Jorge Sand.

FUEGO EN LOS PINOS

La noche ha comenzado con fuego en los pinares
de un monte muy frondoso. Densísima humareda
se escapa por la herida de la roja arboleda.
¡La van acribillando las chispas, á millares!

Crujen los pinos; crujen las resacas retamas.
El fuego está en la cima, junto al cielo encendido.
El monte es un gigante de piedra, que ha querido
ponerse una corona magnífica de llamas.

¡Como un Rey aparece; Rey fantástico, loco!
Ya atajan el incendio...

Ya mengua, poco á poco,
lamiendo los peñascos de un hosco precipicio...

...Al cabo, en el reposo de la noche, muy clara,
sin luz y bajo el cielo, el monte es como un ara
que ofrenda el humo vano de un vano sacrificio.

UNA RÁFAGA...

De pronto una ráfaga de un aire muy frío
cortando la sombra, llegóse hasta mí.
La noche era buena, tranquila y templada.
Yo estaba contento: ¡soñaba feliz!

De pronto, la ráfaga del aire, tan brusca,
trocó mis ideas, llegando hasta mí.
La trajo en sus alas un aire de invierno.
¡La angustia me vuelve! Ya sufro, infeliz...

Yo temo al invierno, tan crudo y tan fúnebre.
Quisiera que nunca llegara á venir.
Yo sé que el invierno me acecha..., y me espanta
que venga el invierno... ¡¡que venga por mí!